

EL DIAMANTE TAN GRANDE COMO EL RITZ

de Francis Scott Fitzgerald



Publicado por [Libros Gratis Online](#).
Visita el sitio para [Descarga libros electrónicos gratuitos de literatura clásica](#), libros y novelas.

Esta obra está licenciada bajo una
[Licencia Creative Commons Atribución No Comercial 3.0 Estados Unidos](#).

[El diamante tan grande como el Ritz de Francis Scott Fitzgerald](#)

John T. Unger procedía de una familia muy conocida en Hades, una pequeña ciudad a orillas del río Mississippi, durante varias generaciones. El padre de John había sido campeón de golf amateur en muchos concursos acalorados; la señora Unger era conocida "de hervidero en hervidero", como decía la frase local, por sus discursos políticos; y el joven John T. Unger, que acababa de cumplir dieciséis años, había bailado todos los últimos bailes de Nueva York antes de ponerse los pantalones largos. Y ahora, durante cierto tiempo, iba a estar lejos de casa. Ese respeto por la educación de Nueva Inglaterra, que es la perdición de todos los lugares de provincia, que los drena anualmente de sus jóvenes más prometedores, se había apoderado de sus padres. Nada les convenía sino que fuera a la escuela de San Midas, cerca de Boston; el Hades era demasiado pequeño para albergar a su querido y dotado hijo.

Ahora bien, en Hades -como ya saben si alguna vez han estado allí- los nombres de las escuelas y colegios preparatorios más de moda significan muy poco. Sus habitantes llevan tanto tiempo fuera del mundo que, aunque hacen gala de estar al día en cuanto a la vestimenta, los modales y la literatura, dependen en gran medida de las habladorías, y una función que en Hades se consideraría elaborada sería sin duda saludada por una joven adinerada de Chicago como "quizá un poco hortera".

John T. Unger estaba en vísperas de partir. La señora Unger, con fatuidad maternal, le llenó el baúl de trajes de lino y ventiladores eléctricos, y el señor Unger le regaló a su hijo una cartera de amianto rellena de dinero. "Recuerda que aquí siempre eres

bienvenido", le dijo. "Puedes estar seguro, muchacho, de que mantendremos el fuego del hogar encendido".

"Lo sé", respondió John roncamente.

"No olvides quién eres y de dónde vienes", continuó su padre con orgullo, "y no puedes hacer nada que te perjudique. Eres un Unger, del Hades".

Entonces el anciano y el joven se dieron la mano, y John se alejó con lágrimas en los ojos. Diez minutos después había pasado fuera de los límites de la ciudad y se detuvo para mirar atrás por última vez. Por encima de las puertas, el anticuado lema victoriano le pareció extrañamente atractivo. Su padre había intentado una y otra vez que lo cambiaran por algo con un poco más de empuje y brío, como "Hades, tu oportunidad", o bien un simple letrero de "Bienvenido" colocado sobre un cordial apretón de manos pinchado con luces eléctricas. El viejo lema era un poco deprimente, había pensado el Sr. Unger, pero ahora....

Así que John echó un vistazo y luego dirigió su rostro con decisión hacia su destino. Y, mientras se alejaba, las luces de Hades contra el cielo parecían llenas de una belleza cálida y apasionada.

La escuela de San Midas está a media hora de Boston en un coche Rolls-Pierce. La distancia real nunca se sabrá, porque nadie, excepto John T. Unger, había llegado allí salvo en un Rolls-Pierce y probablemente nadie volverá a hacerlo. Midas es la escuela preparatoria masculina más cara y exclusiva del mundo.

Los dos primeros años de John allí fueron muy agradables. Los padres de todos los chicos eran ricos, y John pasaba el verano visitando los centros turísticos de moda. Aunque se encariñaba con todos los chicos que visitaba, sus padres le parecían muy distintos y, a su manera de niño, a menudo se sorprendía de su excesiva similitud. Cuando les decía dónde estaba su casa, le preguntaban jovialmente: "¿Hace mucho calor allí?", y John esbozaba una leve sonrisa y respondía: "Desde luego que sí". Su respuesta habría sido más contundente si no hubieran hecho todos esta broma, variando, en el mejor de los casos, con un "¿Hace suficiente calor para ti allí abajo?", que él odiaba igualmente.

A mediados de su segundo año en la escuela, un chico tranquilo y guapo llamado Percy Washington había sido puesto en la clase de John. El recién llegado era de trato agradable y estaba muy bien vestido incluso para St. Midas, pero por alguna razón se mantenía alejado de los demás chicos. La única persona con la que mantenía una relación estrecha era John T. Unger, pero incluso con John se mostraba totalmente hermético con respecto a su casa o su familia. Que era rico se daba por descontado, pero más allá de algunas deducciones de este tipo, John sabía poco de su amigo, así que su curiosidad se vio satisfecha cuando Percy le invitó a pasar el verano en su casa "en el Oeste". Aceptó, sin dudarlo.

Sólo cuando estaban en el tren, Percy se volvió, por primera vez, bastante comunicativo. Un día, mientras almorzaban en el vagón-comedor y discutían sobre el carácter imperfecto de varios de los chicos de la escuela, Percy cambió repentinamente de tono e hizo un comentario brusco.

"Mi padre", dijo, "es de lejos el hombre más rico del mundo".

"Oh", dijo John amablemente. No se le ocurrió ninguna respuesta a esta confidencia. Consideró la posibilidad de decir: "Eso es muy bonito", pero sonaba a hueco y estuvo a punto de decir: "¿De verdad?", pero se abstuvo, ya que parecería cuestionar la afirmación de Percy. Y una afirmación tan asombrosa apenas podía ser cuestionada. "Con mucho, el más rico", repitió Percy.

"Estuve leyendo en el World Almanac", comenzó John, "que había un hombre en América con un ingreso de más de cinco millones al año y cuatro hombres con ingresos de más de tres millones al año, y..."

"Oh, no son nada". La boca de Percy era una media luna de desprecio. "Capitalistas de pacotilla, financieros de poca monta, pequeños comerciantes y prestamistas. Mi padre podría comprarlos y no saber que lo ha hecho".

"Pero cómo es que él..."

"¿Por qué no han puesto su impuesto sobre la renta? Porque no paga nada. Al menos paga un poco, pero no paga nada sobre sus ingresos reales".

"Debe ser muy rico", dijo John simplemente, "Me alegro. Me gusta la gente que es muy rica".

"Cuanto más rico es un tipo, más me gusta". Había una mirada de apasionada franqueza en su oscuro rostro. "Visité a los Schnlitzer-Murphy la pasada Semana Santa. Vivian Schnlitzer-Murphy tenía rubíes tan grandes como huevos de gallina, y zafiros que eran como globos con luces dentro..."

"Me encantan las joyas", coincidió Percy con entusiasmo. "Por supuesto que no querría que nadie en la escuela lo supiera, pero yo mismo tengo una buena colección. Solía coleccionarlas en lugar de sellos".

"Y diamantes", continuó John con entusiasmo. "Los Schnlitzer-Murphys tenían diamantes tan grandes como nueces..."

"Eso no es nada". Percy se había inclinado hacia delante y había bajado la voz a un susurro bajo. "Eso no es nada en absoluto. Mi padre tiene un diamante más grande que el Hotel Ritz-Carlton".

II

El atardecer de Montana se extendía entre dos montañas como un gigantesco hematoma del que se desprenden oscuras arterias sobre un cielo envenenado. A una distancia inmensa bajo el cielo se agazapaba el pueblo de Fish, diminuto, lúgubre y olvidado. Había doce hombres, según se decía, en la aldea de Fish, doce almas sombrías e inexplicables que chupaban una magra leche de la roca casi literalmente desnuda sobre la que una misteriosa fuerza pobladora los había engendrado. Se habían convertido en una raza aparte, estos doce hombres de Fish, como una especie desarrollada por un capricho precoz de la naturaleza, que al pensarlo mejor los había abandonado a la lucha y al exterminio.

Desde el negro azulado de la distancia se deslizó una larga línea de luces en movimiento sobre la desolación de la tierra, y los doce hombres de Fish se reunieron como fantasmas en el depósito de la chabola para ver pasar el tren de las siete, el Transcontinental Express de Chicago. Seis veces al año, más o menos, el Transcontinental Express, a través de alguna inconcebible jurisdicción, se detenía en la aldea de Fish, y cuando esto ocurría, una figura más o menos se apeaba, se montaba en una calesa que siempre aparecía desde el crepúsculo, y se alejaba hacia el magullado atardecer. La observación de este fenómeno inútil y absurdo se había convertido en una especie de culto entre los hombres de Fish. Observar, eso era todo; no quedaba en ellos nada de la cualidad vital de la ilusión que les hiciera preguntarse o especular, pues de lo contrario podría haber surgido una religión en torno a estas misteriosas visitas. Pero los hombres de Fish estaban más allá de toda religión -los principios más básicos y salvajes,

incluso del cristianismo, no podían afianzarse en aquella roca estéril-, de modo que no había altar, ni sacerdote, ni sacrificio; sólo cada noche, a las siete, la silenciosa concurrencia junto al depósito de chabolas, una congregación que elevaba una oración de tenue y anémica maravilla.

En esta noche de junio, el Gran Frenador, a quien, si hubieran deificado a alguien, bien podrían haber elegido como su protagonista celestial, había ordenado que el tren de las siete dejara su depósito humano (o inhumano) en Fish. A las siete y dos minutos Percy Washington y John T. Unger se apearon, se apresuraron a pasar por delante de los ojos hechizados, boquiabiertos y temibles de los doce hombres de Fish, se montaron en una calesa que evidentemente había aparecido de la nada y se marcharon.

Al cabo de media hora, cuando el crepúsculo se había convertido en oscuridad, el negro silencioso que conducía la calesa saludó a un cuerpo opaco en algún lugar delante de ellos en la penumbra. En respuesta a su grito, se volvió hacia ellos un disco luminoso que los miraba como un ojo maligno de la insondable noche. A medida que se acercaban, John vio que era el faro trasero de un inmenso automóvil, más grande y magnífico que cualquiera que hubiera visto. Su carrocería era de un metal reluciente más rico que el níquel y más ligero que la plata, y los cubos de las ruedas estaban tachonados de figuras geométricas iridiscentes de color verde y amarillo; John no se atrevía a adivinar si eran de cristal o de joyas.

Dos negros, vestidos con brillantes galas como las que se ven en los cuadros de las procesiones reales de Londres, estaban en posición de firmes junto al coche y, cuando los dos jóvenes bajaron de la calesa, fueron saludados en un idioma que el invitado no pudo entender, pero que parecía ser una forma extrema del dialecto de los negros del sur.

"Sube", dijo Percy a su amigo, mientras sus baúles eran arrojados al techo de ébano de la limusina. "Lamento que hayamos tenido que traerte hasta aquí en esa calesa, pero, por supuesto, no sería bueno que la gente del tren o esos tipos olvidados de Dios en Fish vieran este automóvil".

"¡Caramba! Qué coche!" Esta exclamación fue provocada por su interior. John vio que la tapicería consistía en mil minuciosos y

exquisitos tapices de seda, tejidos con joyas y bordados, y colocados sobre un fondo de tela de oro. Los dos asientos de los sillones en los que los muchachos se deleitaban estaban cubiertos de un material que se asemejaba al edredón, pero que parecía tejido en innumerables colores con las puntas de las plumas de avestruz.

"¡Qué coche!", volvió a gritar John, asombrado.

"¿Esta cosa?" Percy se rió. "Vaya, no es más que un viejo trasto que usamos como camioneta".

Para entonces ya se deslizaban en la oscuridad hacia la brecha entre las dos montañas.

"Llegaremos en una hora y media", dijo Percy, mirando el reloj. "También puedo decirte que no va a ser como nada que hayas visto antes".

Si el coche era un indicio de lo que John vería, estaba preparado para quedar realmente asombrado. La sencilla religiosidad que prevalece en el Hades tiene como primer artículo de su credo el culto y el respeto a las riquezas; si John se hubiera sentido de otro modo que no fuera radiantemente humilde ante ellas, sus padres se habrían vuelto horrorizados ante la blasfemia.

Ya habían llegado y entraban en la brecha entre las dos montañas y casi inmediatamente el camino se hizo mucho más áspero.

"Si la luna brillara aquí abajo, verías que estamos en un gran barranco", dijo Percy, tratando de asomarse a la ventana. Pronunció unas palabras en la boquilla e inmediatamente el lacayo encendió un faro y barrió las laderas con un inmenso haz.

"Rocky, ya ves. Un coche normal quedaría destrozado en media hora. De hecho, se necesitaría un tanque para recorrerlo, a menos que se conozca el camino. Te das cuenta de que ahora vamos cuesta arriba".

Evidentemente, estaban ascendiendo, y en pocos minutos el coche estaba cruzando una alta elevación, donde vislumbraron una pálida luna recién salida en la distancia. El coche se detuvo de repente y varias figuras surgieron de la oscuridad a su lado: también eran negros. De nuevo saludaron a los dos jóvenes en el mismo dialecto vagamente reconocible; entonces los negros se pusieron a trabajar y cuatro inmensos cables que colgaban de lo alto fueron

fijados con ganchos a los cubos de las grandes ruedas enjoradas. Con un sonoro "¡Hey-yah!" John sintió que el coche se levantaba lentamente del suelo, y que se alejaba de las rocas más altas de ambos lados, y luego se elevaba más, hasta que pudo ver un valle ondulado, iluminado por la luna, que se extendía ante él en agudo contraste con el lodazal de rocas que acababan de dejar. Sólo a un lado seguía habiendo rocas, y de repente no había ninguna roca junto a ellos ni en ninguna parte.

Era evidente que habían superado una inmensa lámina de piedra que se proyectaba perpendicularmente en el aire. En un momento volvieron a bajar y, finalmente, con un suave golpe, aterrizaron en la tierra lisa.

"Lo peor ya ha pasado", dijo Percy, entrecerrando los ojos por la ventanilla. "Está a sólo cinco millas de aquí, y es nuestro propio camino -de ladrillos- todo el trayecto. Esto nos pertenece. Aquí es donde terminan los Estados Unidos, dice padre".

"¿Estamos en Canadá?"

"No lo estamos. Estamos en medio de las Rocosas de Montana. Pero ahora estás en las únicas cinco millas cuadradas de tierra en el país que nunca ha sido inspeccionado."

"¿Por qué no lo ha sido? ¿Lo han olvidado?"

"No", dijo Percy, sonriendo, "intentaron hacerlo tres veces. La primera vez, mi abuelo corrompió todo un departamento de topografía del Estado; la segunda vez hizo que se manipularan los mapas oficiales de los Estados Unidos; eso los retuvo durante quince años. La última vez fue más difícil. Mi padre lo arregló para que sus brújulas estuvieran en el campo magnético más fuerte jamás creado artificialmente. Hizo fabricar todo un conjunto de instrumentos topográficos con una ligera desviación que permitiera que ese territorio no apareciera, y los sustituyó por los que se iban a utilizar. Luego hizo desviar un río y puso lo que parecía un pueblo en sus orillas, para que lo vieran y pensaran que era un pueblo diez millas más arriba en el valle. Sólo hay una cosa que mi padre teme", concluyó, "sólo una cosa en el mundo que podría ser utilizada para descubrirnos".

"¿Qué es eso?"

Percy bajó la voz a un susurro.

"Aviones", respiró. "Tenemos media docena de cañones antiaéreos y lo hemos arreglado hasta ahora, pero ha habido algunas muertes y muchos prisioneros. No es que nos importe eso, ya sabes, padre y yo, pero molesta a madre y a las niñas, y siempre existe la posibilidad de que alguna vez no podamos arreglarlo."

Jirones y harapos de chinchilla, nubes de gentileza en el cielo de la luna verde, pasaban por la luna verde como preciosas materias orientales desfilando para la inspección de algún Khan tártaro. A Juan le pareció que era de día y que estaba viendo a unos muchachos que navegaban por encima de él en el aire, lanzando folletos y circulares de medicina patentada, con sus mensajes de esperanza para las aldeas desesperadas y atadas a las rocas. Le pareció que podía verlos mirar hacia abajo desde las nubes y mirar fijamente, y mirar fijamente lo que fuera que hubiera que mirar en este lugar al que se dirigía... ¿Entonces qué? ¿Acaso fueron inducidos a aterrizar por algún insidioso artificio para ser inmersos lejos de las medicinas patentadas y de los tratados hasta el día del juicio final, o, en caso de que no cayeran en la trampa, una rápida bocanada de humo y la aguda ronda de un proyectil que se partiera los haría caer a tierra y "molestar" a la madre y a las hermanas de Percy? John sacudió la cabeza y el espectro de una risa hueca salió silenciosamente de sus labios entreabiertos. ¿Qué desesperada aventura se escondía aquí? ¿Qué expedición moral de un bizarro Crespo? ¿Qué terrible y dorado misterio?

Las nubes de chinchilla habían pasado ahora y, fuera de la noche de Montana era brillante como el día, el tapiz de ladrillos de la carretera era suave a la pisada de los grandes neumáticos mientras rodeaban un lago quieto, iluminado por la luna; pasaron en la oscuridad por un momento, un pinar, acre y fresco, luego salieron a una amplia avenida de césped, y la exclamación de placer de John fue simultánea con el taciturno "Estamos en casa" de Percy.

A la luz de las estrellas, un exquisito castillo se alzaba desde las orillas del lago, ascendía con su resplandor marmóreo hasta la mitad de la altura de una montaña adyacente, y luego se fundía en gracia, en perfecta simetría, en translúcida y femenina languidez, en la masiva oscuridad de un bosque de pinos. Las numerosas torres, la esbelta tracería de los parapetos inclinados, la maravilla cincelada

de un millar de ventanas amarillas con sus oblongos y octógonos y triángulos de luz dorada, la suavidad desgarrada de los planos de intersección del brillo de las estrellas y la sombra azul, todo ello temblaba en el espíritu de John como un acorde de música. En una de las torres, la más alta, la más negra en su base, una disposición de luces exteriores en la parte superior formaba una especie de hada flotante, y mientras John miraba hacia arriba con cálido encanto, el tenue sonido acuciante de los violines descendía en una armonía rococó que no se parecía a nada que hubiera escuchado antes. Luego, en un momento, el coche pasó por delante de unos anchos y altos escalones de mármol alrededor de los cuales el aire nocturno estaba perfumado con una multitud de flores. En lo alto de los escalones, dos grandes puertas se abrieron silenciosamente y una luz ámbar inundó la oscuridad, dibujando la silueta de una exquisita dama de pelo negro y abundante, que extendió los brazos hacia ellos.

"Madre", decía Percy, "este es mi amigo, John Unger, del Hades".

Después, John recordaba aquella primera noche como un deslumbramiento de muchos colores, de rápidas impresiones sensoriales, de música suave como una voz enamorada, y de la belleza de las cosas, luces y sombras, y movimientos y rostros. Había un hombre de pelo blanco que estaba bebiendo un licor multicolor de un dedal de cristal con un tallo dorado. Había una muchacha de rostro florido, vestida como Titania con zafiros trenzados en el pelo. Había una habitación en la que el oro macizo y suave de las paredes cedía a la presión de su mano, y una habitación que era como una concepción platónica de la última prisión: techo, suelo y todo, estaba revestida de una masa ininterrumpida de diamantes, diamantes de todos los tamaños y formas, hasta que, iluminada con lámparas violetas de cola en las esquinas, deslumbraba los ojos con una blancura que sólo podía compararse con ella misma, más allá del deseo o el sueño humano.

Los dos muchachos deambularon por un laberinto de estas habitaciones. A veces, el suelo bajo sus pies flameaba en brillantes dibujos de la iluminación inferior, dibujos de bárbaros colores chocantes, de delicadeza pastel, de pura blancura, o de sutil e intrincado mosaico, seguramente de alguna mezquita del mar

Adriático. A veces, bajo las capas de cristal grueso, veía arremolinarse el agua azul o verde, habitada por peces vivos y crecimientos de follaje arco iris. Luego pisaban pieles de todas las texturas y colores o recorrían pasillos de marfil pálido, ininterrumpidos como si hubieran sido tallados completamente a partir de los gigantescos colmillos de dinosaurios extinguidos antes de la era del hombre

Luego, en una transición vagamente recordada, se encontraban en la cena, en la que cada plato estaba formado por dos capas casi imperceptibles de diamante macizo entre las que estaba curiosamente trabajada una filigrana de diseño esmeralda, una viruta cortada de aire verde. La música, plangente y discreta, se deslizaba por pasillos lejanos; su silla, emplumada y curvada insidiosamente hacia su espalda, parecía engullirlo y dominarlo mientras bebía su primera copa de oporto. Intentó responder somnoliento a una pregunta que le habían formulado, pero el lujo meloso que le atenazaba el cuerpo aumentaba la ilusión del sueño: joyas, telas, vinos y metales se difuminaban ante sus ojos en una dulce niebla....

"Sí", respondió con un esfuerzo cortés, "ciertamente hace bastante calor para mí ahí abajo".

Consiguió añadir una risa fantasmal; luego, sin movimiento, sin resistencia, pareció flotar y alejarse, dejando un postre helado y rosado como un sueño.... Se quedó dormido.

Cuando se despertó supo que habían pasado varias horas. Se encontraba en una gran sala silenciosa, con paredes de ébano y una iluminación demasiado tenue, demasiado sutil, para poder llamarla luz. Su joven anfitrión estaba de pie junto a él.

"Te has quedado dormido durante la cena", dijo Percy. "Yo también estuve a punto de hacerlo, fue un placer volver a estar a gusto después de este año de escuela. Los sirvientes te desvistieron y bañaron mientras dormías".

"¿Esto es una cama o una nube?", suspiró John. "Percy, Percy-antes de que te vayas, quiero disculparme".

"¿Por qué?"

"Por dudar de ti cuando dijiste que tenías un diamante tan grande como el Hotel Ritz-Carlton".

Percy sonrió.

"Pensé que no me creías. Es esa montaña, ya sabes".

"¿Qué montaña?"

"La montaña sobre la que descansa el château. No es muy grande, para ser una montaña. Pero excepto unos quince metros de césped y grava en la cima, es un diamante sólido. Un diamante, una milla cúbica sin una falla. ¿No estás escuchando? Di..."

Pero John T. Unger se había vuelto a quedar dormido.

III

Por la mañana. Al despertarse, percibió con somnolencia que la habitación se había llenado de luz solar en ese mismo momento. Los paneles de ébano de una de las paredes se habían deslizado a un lado sobre una especie de riel, dejando su habitación medio abierta al día. Un corpulento negro con uniforme blanco estaba de pie junto a su cama.

"Buenas noches", murmuró John, sacando su cerebro de los lugares salvajes.

"Buenos días, señor. ¿Está listo para su baño, señor? Oh, no se levante, lo meteré, si se desabrocha el pijama. Gracias, señor".

John se acostó tranquilamente mientras le quitaban el pijama; se sintió divertido y encantado; esperaba que aquel Gargantúa negro que lo atendía lo levantara como a un niño, pero no ocurrió nada de eso; en cambio, sintió que la cama se inclinaba lentamente hacia un lado; comenzó a rodar, asustado al principio, en dirección a la pared, pero cuando llegó a la pared sus cortinas cedieron, y deslizándose dos metros más abajo por una inclinación afelpada se hundió suavemente en un agua de la misma temperatura que su cuerpo.

Miró a su alrededor. La pista de aterrizaje en la que había llegado se había plegado suavemente en su lugar. Había sido proyectado a otra cámara y estaba sentado en una bañera hundida con la cabeza justo por encima del nivel del suelo. A su alrededor, alineando las paredes de la habitación y los lados y el fondo de la propia bañera, había un acuario azul, y mirando a través de la superficie de cristal sobre la que estaba sentado, podía ver a los peces nadando entre luces ámbar e incluso deslizándose sin curiosidad junto a sus dedos de los pies extendidos, que estaban separados de ellos sólo por el

grosor del cristal. Desde lo alto, la luz del sol descendía a través del cristal verde mar.

"Supongo, señor, que querrá agua de rosas caliente y espuma de jabón esta mañana, señor, y quizás agua salada fría para terminar".

El negro estaba de pie junto a él.

"Sí", aceptó John, sonriendo inanamente, "como quiera".

Cualquier idea de solicitar este baño de acuerdo con su propio y escaso nivel de vida habría sido mojigata y no un poco malvada.

El negro pulsó un botón y comenzó a caer una cálida lluvia, aparentemente desde arriba, pero en realidad, así lo descubrió John después de un momento, desde un arreglo de la fuente cercana. El agua adquirió un color rosa pálido y chorros de jabón líquido brotaron de cuatro cabezas de morsa en miniatura situadas en las esquinas de la bañera. En un momento, una docena de pequeñas ruedas de palas, fijadas a los lados, habían batido la mezcla en un radiante arco iris de espuma rosa que lo envolvía suavemente con su deliciosa ligereza, y estallaba en brillantes y rosadas burbujas aquí y allá a su alrededor.

"¿Enciendo la máquina de cine, señor?", sugirió el negro con deferencia. "Hoy hay una buena comedia de un sólo rollo en esta máquina, o puedo poner una pieza seria en un momento, si lo prefiere.

"No, gracias", respondió John, educada pero firmemente. Estaba disfrutando demasiado de su baño como para desear cualquier distracción. Pero la distracción llegó. En un momento estaba escuchando atentamente el sonido de las flautas que venían de fuera, flautas que goteaban una melodía que era como una cascada, fresca y verde como la propia habitación, acompañando a un piccolo espumoso, en juego más frágil que el encaje de espuma que lo cubría y encantaba.

Después de un braceo con agua salada fría y un acabado fresco, salió y se puso una bata de lana, y en un sofá cubierto con el mismo material se frotó con aceite, alcohol y especias. Después se sentó en un voluptuoso mientras le afeitaban y le cortaban el pelo. "El señor Percy está esperando en su salón", dijo el negro, cuando estas operaciones terminaron. "Me llamo Gygsun, señor Unger, señor. Debo atender al señor Unger todas las mañanas".

John salió a la fresca luz del sol de su salón, donde encontró el desayuno esperándole y a Percy, guapísimo en calzoncillos blancos, fumando en un sillón.

IV

Esta es la historia de la familia Washington tal y como la esbozó Percy para John durante el desayuno.

El padre del actual señor Washington había sido un virginiano, descendiente directo de George Washington y de Lord Baltimore. Al término de la Guerra Civil era un coronel de veinticinco años con una plantación en explotación y unos mil dólares en oro.

Fitz-Norman Culpepper Washington, pues así se llamaba el joven coronel, decidió regalar la finca de Virginia a su hermano menor e irse al Oeste. Seleccionó a dos docenas de los negros más fieles, que, por supuesto, le adoraban, y compró veinticinco billetes para el Oeste, donde pretendía sacar tierras a su nombre y montar un rancho de ovejas y ganado.

Cuando llevaba menos de un mes en Montana y las cosas iban muy mal, tropezó con su gran descubrimiento. Se había perdido al cabalgar por las colinas y, tras un día sin comida, empezó a tener hambre. Como estaba sin su rifle, se vio obligado a perseguir a una ardilla y, en el transcurso de la persecución, se dio cuenta de que llevaba algo brillante en la boca. Justo antes de que desapareciera en su agujero -pues la Providencia no pretendía que esta ardilla aliviara su hambre- dejó caer su carga. Al sentarse a considerar la situación, la mirada de Fitz-Norman fue captada por un destello en la hierba a su lado. En diez segundos había perdido completamente el apetito y ganado cien mil dólares. La ardilla, que se había negado con molesta persistencia a convertirse en alimento, le había regalado un diamante grande y perfecto.

Aquella noche, a última hora, se dirigió al campamento y, doce horas más tarde, todos los machos de entre sus morenos estaban

de vuelta junto a la madriguera de la ardilla cavando furiosamente en la ladera de la montaña. Les dijo que había descubierto una mina de piedras preciosas y, como sólo uno o dos de ellos habían visto antes incluso un pequeño diamante, le creyeron sin rechistar. Cuando la magnitud de su descubrimiento se hizo evidente para él, se encontró en un dilema. La montaña era un diamante, literalmente no era otra cosa que un diamante sólido. Llenó cuatro alforjas con muestras brillantes y partió a caballo hacia St. Paul. Allí se las arregló para deshacerse de media docena de piedras pequeñas; cuando probó una más grande, un tendero se desmayó y Fitz-Norman fue arrestado por alteración del orden público. Escapó de la cárcel y tomó el tren hacia Nueva York, donde vendió unos cuantos diamantes de tamaño medio y recibió a cambio unos doscientos mil dólares en oro. Pero no se atrevió con ninguna gema excepcional; de hecho, abandonó Nueva York justo a tiempo. En los círculos de la joyería se había creado una gran expectación, no tanto por el tamaño de sus diamantes como por su aparición en la ciudad procedente de fuentes misteriosas. Se difundieron rumores de que se había descubierto una mina de diamantes en los Catskills, en la costa de Jersey, en Long Island, debajo de Washington Square. Los trenes de excursión, repletos de hombres con picos y palas, comenzaron a salir de Nueva York cada hora, con destino a varios El Dorados vecinos. Pero para entonces el joven Fitz-Norman ya estaba de regreso a Montana.

Al cabo de quince días había calculado que el diamante de la montaña era aproximadamente igual en cantidad al resto de los diamantes conocidos en el mundo. Sin embargo, no era posible valorarlo mediante un cálculo regular, ya que se trataba de un diamante macizo, y si se pusiera a la venta no sólo se hundiría el mercado, sino que, si el valor variara con su tamaño en la progresión aritmética habitual, no habría suficiente oro en el mundo para comprar una décima parte de él. ¿Y qué podría hacer alguien con un diamante de ese tamaño?

Era una situación sorprendente. Era, en cierto sentido, el hombre más rico que había existido, y sin embargo, ¿valía algo? Si su secreto salía a la luz, no se sabía a qué medidas podría recurrir el Gobierno para evitar el pánico, tanto en oro como en joyas. Podrían

hacerse cargo de la reclamación inmediatamente e instituir un monopolio.

No había alternativa: debía comercializar su montaña en secreto. Envío al sur a buscar a su hermano menor y lo puso a cargo de sus seguidores de color, oscuros que nunca se habían dado cuenta de que la esclavitud estaba abolida. Para asegurarse de ello, les leyó una proclama que había compuesto, en la que se anunciaba que el general Forrest había reorganizado los destrozados ejércitos del Sur y derrotado al Norte en una batalla campal. Los negros le creyeron implícitamente. Aprobaron una votación que lo declaraba bueno y celebraron inmediatamente servicios de avivamiento.

El propio Fitz-Norman partió hacia el extranjero con cien mil dólares y dos baúles llenos de diamantes en bruto de todos los tamaños. Zarpó hacia Rusia en un barco chino, y seis meses después de su salida de Montana estaba en San Petersburgo. Tomó un alojamiento oscuro y llamó inmediatamente al joyero de la corte, anunciando que tenía un diamante para el zar. Permaneció en San Petersburgo durante dos semanas, en constante peligro de ser asesinado, viviendo de alojamiento en alojamiento, y temiendo visitar sus baúles más de tres o cuatro veces durante toda la quincena.

Al prometer que volvería dentro de un año con piedras más grandes y más finas, se le permitió partir hacia la India. Sin embargo, antes de su partida, los tesoreros de la Corte habían depositado en su haber, en bancos estadounidenses, la suma de quince millones de dólares, bajo cuatro alias diferentes.

Regresó a América en 1868, después de haber estado fuera poco más de dos años. Había visitado las capitales de veintidós países y hablado con cinco emperadores, once reyes, tres príncipes, un sha, un khan y un sultán. En ese momento, Fitz-Norman estimó su propia riqueza en mil millones de dólares. Un hecho fue siempre en contra de la revelación de su secreto. Ninguno de sus grandes diamantes permaneció una semana a la vista del público antes de ser investido con una historia de suficientes fatalidades, amores, revoluciones y guerras como para haberla ocupado desde los días del primer Imperio Babilónico.

Desde 1870 hasta su muerte en 1900, la historia de Fitz-Norman Washington fue una larga epopeya en oro. Hubo cuestiones secundarias, por supuesto: evadió las inspecciones, se casó con una dama de Virginia, con la que tuvo un único hijo, y se vio obligado, debido a una serie de desafortunadas complicaciones, a asesinar a su hermano, cuya desafortunada costumbre de beber hasta caer en un indiscreto estupor había puesto varias veces en peligro su seguridad. Pero muy pocos asesinatos más mancharon estos felices años de progreso y expansión.

Justo antes de morir, cambió su política y, con toda su riqueza exterior, salvo unos pocos millones de dólares, compró minerales raros en grandes cantidades, que depositó en las cajas fuertes de los bancos de todo el mundo, marcados como baratijas. Su hijo, Braddock Tarleton Washington, siguió esta política a una escala aún mayor. Los minerales se convirtieron en el más raro de todos los elementos -el radio-, de modo que el equivalente a mil millones de dólares en oro podía colocarse en un recipiente no más grande que una caja de puros.

Cuando Fitz-Norman llevaba tres años muerto, su hijo, Braddock, decidió que el negocio había llegado demasiado lejos. La cantidad de riqueza que él y su padre habían sacado de la montaña estaba más allá de todo cálculo exacto. Llevaba un cuaderno cifrado en el que anotaba la cantidad aproximada de radio en cada uno de los mil bancos que frecuentaba, y anotaba el alias bajo el que se encontraba. Luego hizo una cosa muy sencilla: selló la mina.

Selló la mina. Lo que se había sacado de ella mantendría a todos los Washingtons que aún no habían nacido en un lujo sin igual durante generaciones. Su único cuidado debía ser la protección de su secreto, no fuera que en el posible pánico que conllevara su descubrimiento se viera reducido con todos los propietarios del mundo a la más absoluta pobreza.

Esta era la familia entre la que se encontraba John T. Unger. Esta fue la historia que escuchó en su salón de paredes plateadas la mañana siguiente a su llegada.

V

Después de desayunar, John salió por la gran entrada de mármol y observó con curiosidad la escena que tenía ante sí. Todo el valle, desde la montaña de diamantes hasta el escarpado acantilado de granito situado a cinco millas de distancia, seguía desprendiendo un soplo de bruma dorada que flotaba ociosamente sobre la fina extensión de céspedes, lagos y jardines. Aquí y allá, grupos de olmos formaban delicadas arboledas de sombra, que contrastaban extrañamente con las duras masas de bosque de pinos que sujetaban las colinas con un verde azul oscuro. Mientras John miraba, vio a tres cervatillos en fila india que salían de un macizo a media milla de distancia y desaparecían con torpe alegría en la penumbra negra de otro. A John no le habría sorprendido ver una pata de cabra abriéndose paso entre los árboles o vislumbrar una piel de ninfa rosada y un pelo amarillo volador entre las hojas más verdes.

Con una esperanza tan fresca, bajó los escalones de mármol, perturbando débilmente el sueño de dos sedosos perros lobo rusos en la parte inferior, y se puso en marcha a lo largo de un paseo de ladrillos blancos y azules que no parecía llevar ninguna dirección en particular.

Se divertía todo lo que podía. La felicidad y la insuficiencia de la juventud consisten en que nunca puede vivir en el presente, sino que siempre debe comparar el día con su propio futuro radiantemente imaginado: las flores y el oro, las muchachas y las estrellas no son más que prefiguraciones y profecías de ese sueño juvenil incomparable e inalcanzable.

John dobló una suave esquina en la que los rosales llenos de flores impregnaban el aire de un fuerte aroma, y atravesó el parque en dirección a una zona de musgo bajo unos árboles. Nunca se había tumbado sobre el musgo, y quería ver si era realmente lo suficientemente suave como para justificar el uso de su nombre como adjetivo. Entonces vio a una chica que se acercaba a él sobre la hierba. Era la persona más hermosa que había visto en su vida.

Iba vestida con un pequeño vestido blanco que le llegaba justo por debajo de las rodillas, y una corona de mignonettes sujeta con rodajas azules de zafiro ataba su cabello. Sus rosados pies descalzos esparcían el rocío ante ellos mientras se acercaba. Era más joven que John, no más de dieciséis años.

"Hola", gritó suavemente, "soy Kismine".

Para John ya era mucho más que eso. Él avanzó hacia ella, sin apenas moverse al acercarse para no pisar sus pies desnudos.

"No me conoces", dijo su suave voz. Sus ojos azules añadieron: "¡Oh, pero te has perdido muchas cosas!"... "Conociste a mi hermana, Jasmine, anoche. Estaba enferma por una intoxicación de lechuga", continuó su suave voz, y sus ojos continuaron, "y cuando estoy enferma soy dulce... y cuando estoy bien".

"Me has causado una enorme impresión", dijeron los ojos de John, "y yo no soy tan torpe" - "¿Cómo estás?", dijo su voz. "Espero que estés mejor esta mañana" - "Tú, cariño", añadieron sus ojos trémulos.

John observó que habían estado caminando por el sendero. Por sugerencia de ella se sentaron juntos sobre el musgo, cuya suavidad no supo determinar.

Era crítico con las mujeres. Un solo defecto -un tobillo grueso, una voz ronca, un ojo de vidrio- bastaba para volverlo totalmente indiferente. Y aquí, por primera vez en su vida, estaba junto a una chica que le parecía la encarnación de la perfección física.

"¿Eres del Este?", preguntó Kismine con encantador interés.

"No", respondió John con sencillez. "Soy de Hades".

O bien nunca había oído hablar de Hades, o bien no se le ocurrió ningún comentario agradable que hacer al respecto, porque no siguió hablando de ello.

"Voy a ir al este a la escuela este otoño", dijo. "¿Crees que me gustará? Me voy a Nueva York, a casa de la señorita Bulge. Es muy estricta, pero ya ves que los fines de semana voy a vivir en casa de la familia en nuestra casa de Nueva York, porque papá se enteró de que las chicas tenían que ir de dos en dos."

"Tu padre quiere que estés orgullosa", observó John.

"Lo estamos", respondió ella, con los ojos brillando de dignidad. "Ninguna de nosotras ha sido nunca castigada. Padre dijo que nunca debíamos serlo. Una vez, cuando mi hermana Jasmine era una niña pequeña, le empujó hacia abajo y él se levantó y se fue cojeando.

"Mi madre se sobresaltó un poco", continuó Kismine, "cuando se enteró de que eras de... de donde eres, ya sabes. Lo dijo cuando era joven, pero ya ves, es española y está chapada a la antigua".

"¿Pasas mucho tiempo aquí fuera?", preguntó John, para ocultar el hecho de que estaba algo dolido por este comentario. Parecía una alusión poco amable a su provincianismo.

"Percy, Jasmine y yo estamos aquí todos los veranos, pero el próximo verano Jasmine se va a Newport. Ella saldrá en Londres dentro de un año, a partir de este otoño. Será presentada en la corte".

"¿Sabes?", comenzó John vacilante, "eres mucho más sofisticada de lo que creía cuando te vi por primera vez".

"Oh, no, no lo soy", exclamó ella apresuradamente. "Oh, no se me ocurriría serlo. Creo que los jóvenes sofisticados son terriblemente comunes, ¿no? Yo no lo soy, en realidad. Si dices que lo soy, voy a llorar".

Estaba tan angustiada que le temblaba el labio. John se vio impulsado a protestar:

"No quise decir eso; sólo lo dije para burlarme de ti".

"Porque no me importaría si lo fuera", insistió ella, "pero no lo soy. Soy muy inocente y femenina. Nunca fumo, ni bebo, ni leo nada excepto poesía. Apenas sé matemáticas o química. Me visto con mucha sencillez; de hecho, apenas me visto. Creo que lo último que se puede decir de mí es que soy sofisticada. Creo que las chicas deben disfrutar de su juventud de forma sana".

"Yo también lo creo", dijo John, con entusiasmo,

Kismine estaba alegre de nuevo. Le sonrió, y una lágrima aún nacida goteó del rabillo de un ojo azul.

"Me gustas", susurró íntimamente. "¿Vas a pasar todo tu tiempo con Percy mientras estés aquí, o serás amable conmigo? Piensa que soy un terreno absolutamente fresco. Nunca he tenido un chico enamorado de mí en toda mi vida. Nunca se me ha permitido ni siquiera ver a los chicos a solas, excepto Percy. Vine hasta aquí, a esta arboleda, con la esperanza de encontrarme contigo, donde no estuviera la familia".

Profundamente halagado, John se inclinó desde las caderas como le habían enseñado en la escuela de baile de Hades.

"Será mejor que nos vayamos", dijo Kismine con dulzura. "Tengo que estar con mamá a las once. No me has pedido que te bese ni una sola vez. Creía que los chicos siempre lo hacían hoy en día"

John se incorporó con orgullo.

"Algunos lo hacen", respondió, "pero yo no. Las chicas no hacen ese tipo de cosas, en el infierno".

Caminaron juntos hacia la casa.

VI

John estaba de pie frente al señor Braddock Washington a plena luz del sol. El hombre mayor tenía unos cuarenta años, un rostro orgulloso y vacuo, ojos inteligentes y una figura robusta. Por las mañanas olía a caballo, a los mejores caballos. Llevaba un simple bastón de abedul gris con un gran ópalo como empuñadura. Él y Percy le mostraban a John los alrededores.

"Las habitaciones de los esclavos están allí". Su bastón indicaba un claustro de mármol a su izquierda que corría en elegante gótico a lo largo de la ladera de la montaña. "En mi juventud me distraje durante un tiempo de los asuntos de la vida por un período de absurdo idealismo. Durante ese tiempo vivían en el lujo. Por ejemplo, equipé cada una de sus habitaciones con un baño de azulejos".

"Supongo", aventuró John, con una risa condescendiente, "que utilizaban las bañeras para guardar el carbón". El señor Schnlitzer-Murphy me dijo que una vez..."

"Las opiniones del señor Schnlitzer-Murphy tienen poca importancia, me imagino", interrumpió Braddock Washington con frialdad. "Mis esclavos no guardaban carbón en sus bañeras. Tenían órdenes de bañarse todos los días, y lo hicieron. Si no lo hubieran hecho podría haber ordenado un champú de ácido sulfúrico. Suspendí los baños por otra razón. Varios de ellos se resfriaron y murieron. El agua no es buena para ciertas razas, excepto como bebida".

John se rió y luego decidió asentir sobriamente con la cabeza. Braddock Washington lo hizo sentir incómodo.

"Todos estos negros son descendientes de los que mi padre trajo al Norte con él. Ahora hay unos doscientos cincuenta. Se nota que han vivido tanto tiempo apartados del mundo que su dialecto original se ha convertido en un patois casi indistinguible. Hemos conseguido que algunos de ellos hablen en inglés: mi secretaria y dos o tres de los sirvientes de la casa.

"Este es el campo de golf", continuó, mientras paseaban por el aterciopelado césped de invierno. "Todo es verde, como ves: no hay calles, ni rough, ni obstáculos".

Sonrió agradablemente a John.

"¿Muchos hombres en la jaula, padre?", preguntó Percy de repente.

Braddock Washington tropezó y soltó una maldición involuntaria.

"Uno menos de los que debería haber", exclamó sombríamente, y después añadió: "Hemos tenido dificultades".

"Mamá me estaba diciendo", exclamó Percy, "que el profesor italiano..."

"Un error espantoso", dijo Braddock Washington con enfado.

"Pero, por supuesto, hay una buena posibilidad de que lo hayamos atrapado. Tal vez se cayó en algún lugar del bosque o tropezó con un acantilado. Y además, siempre existe la probabilidad de que, si se escapara, no se creyera su historia. Sin embargo, he tenido dos docenas de hombres buscándolo en diferentes pueblos de por aquí".

"¿Y no hubo suerte?"

"Algo. Catorce de ellos informaron a mi agente de que cada uno había matado a un hombre que respondía a esa descripción, pero, por supuesto, probablemente sólo era la recompensa que buscaban..."

Se interrumpió. Habían llegado a una gran cavidad en la tierra con la circunferencia de un tiovivo y cubierta por una fuerte reja de hierro. Braddock Washington hizo una seña a John y le señaló con su bastón a través de la reja. John se acercó al borde y miró. Inmediatamente, sus oídos fueron asaltados por un salvaje clamor procedente de abajo.

"¡Baja al infierno!"

"Hola, chico, ¿cómo está el aire ahí arriba?"

"¡Oye! ¡Tíranos una cuerda!"

"¿Tienes una rosquilla vieja, Buddy, o un par de sándwiches de segunda mano?"

"Oye, amigo, si empujas a ese tipo con el que estás, te mostraremos una escena de desaparición rápida".

"Pégale una por mí, ¿quieres?"

Estaba demasiado oscuro para ver con claridad en el pozo de abajo, pero John pudo deducir, por el tosco optimismo y la ruda vitalidad de los comentarios y las voces, que procedían de americanos de clase media del más animado perfil. Entonces el señor Washington sacó su bastón y tocó un botón en la hierba, y la escena de abajo se iluminó.

"Estos son unos marineros aventureros que tuvieron la desgracia de descubrir El Dorado", comentó.

Debajo de ellos había aparecido una gran hondonada en la tierra con la forma del interior de un cuenco. Los lados eran empinados y aparentemente de vidrio pulido, y en su superficie ligeramente cóncava se encontraban unas dos docenas de hombres vestidos con el traje, mitad uniforme, de aviadores. Sus rostros respingones, iluminados por la ira, la malicia, la desesperación y el humor cínico, estaban cubiertos por largos mechones de barba, pero a excepción de unos pocos que se habían alejado perceptiblemente, parecían ser un grupo bien alimentado y saludable.

Braddock Washington acercó una silla de jardín al borde de la fosa y se sentó.

"Bueno, ¿cómo estáis, chicos?", preguntó genialmente.

Un coro de execración, al que todos se unieron excepto unos pocos demasiado desanimados para gritar, se elevó en el aire soleado, pero Braddock Washington lo escuchó con imperturbable compostura. Cuando su último eco se apagó, volvió a hablar.

"¿Habéis pensado en una forma de salir de vuestra dificultad?"

De aquí y de allá entre ellos surgió un comentario.

"¡Decidimos quedarnos aquí por amor!"

"¡Llévanos hasta allá y encontraremos un camino!"

Braddock Washington esperó hasta que se callaron de nuevo. Entonces dijo:

"Os he contado la situación. No os quiero aquí, desearía por el cielo no haberos visto nunca. La curiosidad os ha traído hasta aquí, y siempre que se os ocurra una salida que me proteja a mí y a mis intereses, estaré encantado de considerarla. Pero mientras te limites a cavar túneles -sí, sé del nuevo que has empezado- no llegarás muy lejos. Esto no es tan duro para ti como lo haces ver, con todos tus aullidos por los seres queridos en casa. Si fueras de los que se preocupan mucho por los seres queridos en casa, nunca te habrías dedicado a la aviación".

Un hombre alto se apartó de los demás y levantó la mano para llamar la atención de su captor sobre lo que iba a decir.

"¡Déjame hacerte unas preguntas!", gritó. "Usted pretende ser un hombre justo".

"Qué absurdo. ¿Cómo podría un hombre de mi posición ser justo con usted? Es como decir que un español es justo con un trozo de carne".

Ante esta dura observación, los rostros de las dos docenas cayeron, pero el hombre alto continuó:

"¡Muy bien!", gritó. "Ya hemos discutido esto antes. Usted no es un humanitario y no es justo, pero es humano -al menos dice que lo es- y debería ser capaz de ponerse en nuestro lugar durante el tiempo suficiente para pensar cómo... cómo... cómo..."

"¿Cómo qué?", preguntó Washington, fríamente.

"-Cómo de innecesario..."

"No para mí".

"Bueno, qué cruel..."

"Eso ya lo hemos cubierto. La crueldad no existe cuando se trata de la auto-preservación. Ustedes han sido soldados; lo saben. Prueba con otro".

"Bueno, entonces, qué estúpido".

"Ya está", admitió Washington, "te concedo eso. Pero trata de pensar en una alternativa. Me he ofrecido a que todos o alguno de ustedes sea ejecutado sin dolor si así lo desean. Me he ofrecido a secuestrar a sus esposas, novias, hijos y madres y traerlos aquí. Ampliaré vuestro lugar allí y os alimentaré y vestiré el resto de vuestras vidas. Si hubiera algún método para producir amnesia

permanente os operaría a todos y os liberaría inmediatamente, en algún lugar fuera de mis cotos. Pero hasta ahí llegan mis ideas".

"¿Y qué tal si confías en que no te vamos a dar un disgusto?", gritó alguno.

"Usted no ofrece esa sugerencia en serio", dijo Washington, con una expresión de desprecio. " He contratado a un hombre para que enseñe italiano a mi hija. La semana pasada se escapó".

Un grito salvaje de júbilo surgió de repente de dos docenas de gargantas y se produjo un pandemónium de alegría. Los prisioneros bailaron y vitorearon, cantaron y lucharon unos con otros en un repentino arrebato de espíritu animal. Incluso corrieron por los lados de cristal del cuenco hasta donde pudieron, y se deslizaron hasta el fondo sobre los cojines naturales de sus cuerpos. El hombre alto inició una canción a la que todos se unieron.

"Oh, colgaremos al kaiser
en un manzano agrio".

Braddock Washington permaneció sentado en un inescrutable silencio hasta que terminó la canción.

"Ya ves", comentó, cuando pudo ganar un poco de atención. "No les guardo rencor. Me gusta verlos disfrutar. Por eso no les conté toda la historia de una vez. El hombre -¿cómo se llamaba? Critchichiello... le dispararon algunos de mis agentes en catorce lugares diferentes".

Al no adivinar que los lugares a los que se refería eran ciudades, el tumulto de regocijo se calmó inmediatamente.

"Sin embargo", gritó Washington con un toque de ira, "intentó huir. ¿Esperan que me arriesgue con alguno de ustedes después de una experiencia así?"

De nuevo surgió una serie de jaculatorias.

"¡Claro!"

"¿Le gustaría a su hija aprender chino?"

"¡Eh, yo sé hablar italiano! Mi madre era una wop".

"¡Tal vez le gustaría aprender a hablar N'Yawk!"

"Si es la pequeña de los grandes ojos azules puedo enseñarle muchas cosas mejor que el italiano".

"Conozco algunas canciones irlandesas y podría martillar los metales una vez".

El Sr. Washington se adelantó repentinamente con su bastón y pulsó el botón de la hierba, de modo que la imagen de abajo se apagó al instante, y sólo quedó aquella gran boca oscura, cubierta consternadamente por los negros dientes de la reja.

"¡Oye!", llamó una sola voz desde abajo, "¿no te irás sin darnos tu bendición?".

Pero el señor Washington, seguido por los dos muchachos, ya estaba paseando hacia el noveno hoyo del campo de golf, como si la fosa y su contenido no fuesen más que un peligro sobre el que su fácil hierro había triunfado con facilidad.

VII

Julio, al amparo de la montaña del diamante, fue un mes de noches de manta y de días cálidos y luminosos. John y Kismine estaban enamorados. Él no sabía que el pequeño balón de oro (con la leyenda Pro deo et patria et St. Mida) que le había regalado descansaba en una cadena de platino junto a su pecho. Pero así era. Y ella, por su parte, no sabía que un gran zafiro que se le había caído un día de su sencillo peinado estaba guardado con ternura en el joyero de John.

Una tarde, cuando el salón de música de rubí y armiño estaba tranquilo, pasaron allí una hora juntos. Él le cogió la mano y ella le miró de tal manera que susurró su nombre en voz alta. Ella se inclinó hacia él y luego dudó.

"¿Dijiste 'Kismine'?", ella preguntó suavemente, "o..."

Quería estar segura. Pensó que podría haber entendido mal.

Ninguno de los dos se había besado antes, pero en el transcurso de una hora no parecía haber mucha diferencia.

La tarde se esfumó. Esa noche, cuando un último soplo de música descendió desde la torre más alta, cada uno se acostó despierto, soñando felizmente con los distintos minutos del día. Habían decidido casarse lo antes posible.

VIII

Todos los días el Sr. Washington y los dos jóvenes salían a cazar o a pescar en los profundos bosques o a jugar al golf en el somnífero campo -juegos que John permitía diplomáticamente que ganara su anfitrión- o a nadar en el frescor de la montaña del lago. John encontró en el Sr. Washington una personalidad un tanto exigente, totalmente desinteresada por cualquier idea u opinión que no fuera la suya. La Sra. Washington era distante y reservada en todo momento. Aparentemente era indiferente a sus dos hijas, y estaba totalmente absorta en su hijo Percy, con quien mantenía interminables conversaciones en rápido español durante la cena.

Jasmine, la hija mayor, se parecía a Kismine en su aspecto -salvo que tenía las piernas arqueadas y las manos y los pies grandes-, pero era totalmente diferente a ella en cuanto a su temperamento. Sus libros favoritos tenían que ver con las niñas pobres que cuidaban la casa de los padres viudos. John se enteró por Kismine de que Jasmine nunca se había recuperado de la conmoción y la decepción que le causó el fin de la Guerra Mundial, justo cuando estaba a punto de partir hacia Europa como experta en comedores. Incluso había suspirado durante un tiempo, y Braddock Washington había tomado medidas para promover una nueva guerra en los Balcanes, pero ella había visto una fotografía de unos soldados serbios heridos y había perdido el interés en todo el proceso. Pero Percy y Kismine parecían haber heredado de su padre la actitud arrogante en toda su áspera magnificencia. Un egoísmo casto y consistente corría como un patrón a través de cada una de sus ideas.

John estaba encantado con las maravillas del castillo y del valle. Braddock Washington, según le contó Percy, había hecho secuestrar a un jardinero paisajista, a un arquitecto, a un diseñador de escenarios estatales y a un poeta decadente francés que había quedado del siglo pasado. Había puesto a su disposición toda su fuerza de negros, les había garantizado el suministro de cualquier material que el mundo pudiera ofrecer, y les había dejado que elaboraran sus propias ideas. Pero uno a uno habían demostrado su inutilidad. El poeta decadente había comenzado a lamentar su separación de los bulevares en primavera; hizo algunas observaciones vagas sobre las especias, los monos y los marfiles, pero no dijo nada que tuviera valor práctico. El escenógrafo, por su parte, quería hacer de todo el valle una serie de trucos y efectos sensacionales, un estado de cosas del que los Washington se habrían cansado pronto. Y en cuanto al arquitecto y al paisajista, sólo pensaban en términos de convención. Debían hacer esto así y aquello así.

Pero, al menos, habían resuelto el problema de lo que había que hacer con ellos: todos se volvieron locos una madrugada después de pasar la noche en una sola habitación tratando de ponerse de acuerdo sobre la ubicación de una fuente, y ahora estaban confinados cómodamente en un manicomio en Westport, Connecticut.

"Pero", preguntó John con curiosidad, "¿quién planificó todas sus maravillosas salas de recepción y salones, y acercamientos y baños...?".

"Bueno", contestó Percy, "me ruboriza decírtelo, pero fue un tipo de las películas. Fue el único hombre que encontramos que estaba acostumbrado a jugar con una cantidad ilimitada de dinero, aunque se metía la servilleta en el cuello y no sabía leer ni escribir."

A medida que el mes de agosto llegaba a su fin, John empezó a lamentar que pronto tuviera que volver a la escuela. Él y Kismine habían decidido fugarse en junio siguiente.

"Sería más bonito casarse aquí", confesó Kismine, "pero por supuesto nunca podría conseguir el permiso de padre para casarme contigo. Además, prefiero fugarme. Es terrible para la gente rica casarse en Estados Unidos en la actualidad; siempre tienen que

enviar boletines a la prensa diciendo que se van a casar con retales, cuando lo que quieren decir es sólo un puñado de perlas viejas de segunda mano y algún encaje usado que llevó una vez la emperatriz Eugenia."

"Lo sé", coincidió John con fervor. "Cuando visitaba a los Schnlitzer-Murphy, la hija mayor, Gwendolyn, se casó con un hombre cuyo padre es dueño de la mitad de Virginia Occidental. Escribió a su casa diciendo la dura lucha que estaba llevando a cabo con el salario de él como empleado de banco, y luego terminó diciendo que 'Gracias a Dios, tengo cuatro buenas criadas de todos modos, y eso ayuda un poco'."

"Es absurdo", comentó Kismine, "piensa en los millones y millones de personas en el mundo, trabajadores y todo, que se las arreglan con sólo dos criadas".

Una tarde de finales de agosto, un comentario fortuito de Kismine cambió la cara de toda la situación y sumió a John en un estado de terror.

Estaban en su arboleda favorita y, entre beso y beso, John se permitió algunos presentimientos románticos que, según creía, añadían intensidad a sus relaciones.

"A veces pienso que nunca nos casaremos", dijo con tristeza. "Eres demasiado rica, demasiado magnífica. Nadie tan rica como tú puede ser como las demás chicas. Debería casarme con la hija de algún ferretero mayorista acomodado de Omaha o Sioux City, y conformarme con su medio millón."

"Una vez conocí a la hija de un ferretero mayorista", comentó Kismine. "No creo que estuvieras contenta con ella. Era una amiga de mi hermana. Ella visitó aquí".

"Oh, ¿entonces has tenido otros invitados?", exclamó John sorprendido.

Kismine pareció arrepentirse de sus palabras.

"Oh, sí", dijo apresuradamente, "hemos tenido algunos".

"Pero, ¿no tenía tu padre miedo de que hablaran fuera?"

"Oh, hasta cierto punto, hasta cierto punto", respondió ella, "hablemos de algo más agradable".

Pero la curiosidad de John se despertó.

"¡Algo más agradable!", exigió. "¿Qué hay de desagradable en eso? ¿No eran buenas chicas?"

Para su gran sorpresa, Kismine comenzó a llorar.

"Sí, ése es el problema. Me encariñé con algunas de ellas. Y Jasmine también, pero seguía invitándolas de todos modos. No podía entenderlo".

Una oscura sospecha nació en el corazón de John.

"¿Quieres decir que lo contaron y tu padre los hizo desaparecer?"

"Peor que eso", murmuró ella entrecortadamente. "Mi padre no se arriesgó, y Jasmine siguió escribiéndoles para que vinieran, ¡y se lo pasaron tan bien!"

Un ataque de dolor la invadió.

Aturdido por el horror de esta revelación, John se sentó con la boca abierta, sintiendo los nervios de su cuerpo trinar como tantos gorriones posados en su columna vertebral.

"Ahora, te lo he dicho, y no debería haberlo hecho", dijo ella, calmándose de repente y secando sus ojos azul oscuro.

"¿Quieres decir que tu padre los hizo asesinar antes de que se fueran?"

Ella asintió.

"En agosto, normalmente, o a principios de septiembre. Es natural que primero les saquemos todo el provecho que podamos".

"¡Qué abominable! Cómo... ¡debo estar volviéndome loco!
¿Realmente has admitido que...?"

"Lo hice", interrumpió Kismine, encogiéndose de hombros. "No podemos muy bien encarcelarlos como a esos aviadores, donde serían un continuo reproche para nosotros todos los días. Y a Jasmine y a mí nos ha resultado más fácil, porque papá lo hizo antes de lo que esperábamos. Así evitamos cualquier escena de despedida..."

"¡Así que los habéis asesinado! Uh!" gritó John.

"Se hizo muy bien. Los drogaron mientras dormían, y a sus familias siempre se les dijo que habían muerto de escarlatina en Butte."

"¡Pero no entiendo por qué seguiste invitándolos!"

"No lo hice", estalló Kismine. "Nunca invité a ninguno. Jasmine lo hizo. Y siempre se lo pasaban muy bien. Ella les daba los regalos

más bonitos hacia el final. Probablemente yo también tendré visitas; me acostumbraré a ello. No podemos dejar que algo tan inevitable como la muerte se interponga en el camino de disfrutar la vida mientras la tenemos. Piensa en lo solitario que sería aquí si nunca tuviéramos a nadie. Papá y mamá han sacrificado a algunos de sus mejores amigos igual que nosotros".

"Y así", gritó John acusadoramente, "y así me dejabas hacer el amor contigo y pretendías devolverlo, y hablabas de matrimonio, todo el tiempo sabiendo perfectamente que nunca saldría de aquí con vida..."

"No", protestó ella apasionadamente. "Ya no. Lo hice al principio. Tú estabas aquí. No pude evitarlo, y pensé que tus últimos días podrían ser agradables para ambos. Pero luego me enamoré de ti, y-y honestamente lamento que te vayan a encerrar-aunque preferiría que te encerraran antes que besar a otra chica."

"Oh, lo harías, ¿lo harías?" gritó John ferozmente.

"Mucho mejor. Además, siempre he oído que una chica puede divertirse más con un hombre con el que sabe que nunca podrá casarse. Oh, ¿por qué te lo dije? Probablemente he estropeado todo tu buen momento, y realmente estábamos disfrutando de las cosas cuando no lo sabías. Sabía que eso haría que las cosas fueran algo deprimentes para ti".

"Oh, lo hiciste, ¿lo hiciste?" La voz de John temblaba de ira. "Ya he oído bastante de esto. Si no tienes más orgullo y decencia que tener una aventura con un tipo que sabes que no es mucho mejor que un cadáver, ¡no quiero tener nada más contigo!"

"¡No eres un cadáver!", protestó ella horrorizada. "¡No eres un cadáver! No voy a permitir que digas que he besado a un cadáver".

"¡No he dicho nada de eso!"

"¡Lo has dicho! Dijiste que había besado a un cadáver".

"¡No lo hice!"

Sus voces se habían alzado, pero ante una súbita interrupción ambos se apagaron en un silencio inmediato. Unos pasos venían por el sendero en su dirección, y un momento después los rosales se separaron mostrando a Braddock Washington, cuyos inteligentes ojos, insertados en su rostro vacuo y atractivo, los miraban.

"¿Quién ha besado un cadáver?", preguntó con evidente desaprobación.

"Nadie", respondió Kismine rápidamente. "Sólo estábamos bromeando".

"¿Qué estáis haciendo aquí?", preguntó bruscamente. "Kismine, deberías estar leyendo o jugando al golf con tu hermana. ¡Ve a leer! Ve a jugar al golf. Que no os encuentre aquí cuando vuelva".

Luego hizo una reverencia a John y subió por el camino.

"¿Ves?", dijo Kismine en tono de broma, cuando ya no lo oyó. "Lo has estropeado todo. Ya no podremos vernos nunca más. No me dejará conocerte. Haría que te envenenaran si pensara que estamos enamorados".

"¡Ya no lo estamos!", gritó John con fiereza, "así que puedes estar tranquila con eso. Además, no te engañes pensando que voy a quedarme por aquí. Dentro de seis horas estaré sobre esas montañas, aunque tenga que roer un pasaje a través de ellas, y en mi camino hacia el Este." Ambos se habían puesto en pie, y ante este comentario Kismine se acercó y pasó su brazo por el de él.

"Yo también me voy".

"Debes estar loca..."

"Claro que me voy", interrumpió ella con impaciencia.

"Ciertamente no lo estás. Tú..."

"Muy bien", dijo ella en voz baja, "alcanzaremos a padre y lo hablaremos con él".

Derrotado, John esbozó una sonrisa enfermiza.

"Muy bien, querida", aceptó, con un afecto pálido y poco convincente, "iremos juntos".

Su amor por ella regresó y se instaló plácidamente en su corazón. Ella era suya; iría con él a compartir sus peligros. La abrazó y la besó con fervor. Después de todo, ella lo amaba; de hecho, lo había salvado.

Discutiendo el asunto, caminaron lentamente hacia el castillo. Decidieron que, dado que Braddock Washington los había visto juntos, era mejor que partieran la noche siguiente. Sin embargo, los labios de John estaban inusualmente secos durante la cena, y vació nerviosamente una gran cucharada de sopa de pavo real en su pulmón izquierdo. Tuvo que ser llevado a la sala de tarjetas de color

turquesa y marfil y golpeado en la espalda por uno de los mayordomos, lo que Percy consideró una gran diversión.

IX

Mucho después de la medianoche, el cuerpo de John dio una sacudida nerviosa, se sentó repentinamente erguido, mirando los velos de sobriedad que cubrían la habitación. A través de los cuadrados de oscuridad azul que eran sus ventanas abiertas, había oído un débil sonido lejano que murió sobre un lecho de viento antes de identificarse en su memoria, nublada de sueños inquietos. Pero el ruido agudo que lo había sucedido estaba más cerca, estaba justo fuera de la habitación: el chasquido de un pomo girado, una pisada, un susurro, no podía decirlo; un duro nudo se le acumuló en la boca del estómago, y todo su cuerpo le dolió en el momento en que se esforzó agónicamente por escuchar. Entonces, uno de los velos pareció disolverse y vio una vaga figura de pie junto a la puerta, una figura sólo débilmente perfilada y bloqueada en la oscuridad, mezclada de tal manera con los pliegues de las cortinas que parecía distorsionada, como un reflejo visto en un cristal sucio.

Con un súbito movimiento de miedo o de determinación, John pulsó el botón que había junto a su cama, y al momento siguiente estaba sentado en la bañera verde hundida de la habitación contigua, despierto por el choque del agua fría que la llenaba hasta la mitad.

Salió de un salto y, con su pijama mojado que esparcía un fuerte reguero de agua tras de sí, corrió hacia la puerta aguamarina que, según sabía, conducía al rellano de marfil del segundo piso. La puerta se abrió sin hacer ruido. Una única lámpara carmesí encendida en una gran cúpula iluminaba el magnífico recorrido de las escaleras talladas con una belleza conmovedora. Por un momento, John dudó, horrorizado por el silencioso esplendor que se

extendía a su alrededor, y que parecía envolver en sus gigantescos pliegues y contornos a la solitaria y empapada figurita que temblaba en el rellano de marfil. Entonces ocurrieron dos cosas simultáneamente. La puerta de su propia sala de estar se abrió de golpe, precipitando a tres negros desnudos en el vestíbulo, y, mientras John se balanceaba aterrorizado hacia la escalera, otra puerta se deslizó hacia atrás en la pared del otro lado del pasillo, y John vio a Braddock Washington de pie en el ascensor iluminado, con un abrigo de piel y un par de botas de montar que le llegaban a las rodillas y mostraban, por encima, el brillo de su pijama de color rosa.

Al instante, los tres negros -John nunca había visto a ninguno de ellos antes, y le pasó por la cabeza que debían ser los verdugos profesionales- se detuvieron en su movimiento hacia John, y se volvieron expectantes hacia el hombre del ascensor, que estalló con una orden imperiosa:

" ¡Entrad aquí! ¡Los tres! Rápido como el demonio".

Entonces, en un instante, los tres negros se metieron en la jaula, la luz se borró al cerrarse la puerta del ascensor y John volvió a estar solo en el pasillo. Se desplomó débilmente contra una escalera de marfil.

Era evidente que había ocurrido algo portentoso, algo que, al menos por el momento, había pospuesto su propio y pequeño desastre. ¿De qué se trataba? ¿Se habían sublevado los negros? ¿Habían los aviadores forzado los barrotes de hierro de la reja? ¿O los hombres de Fish habían tropezado a ciegas por las colinas y contemplado con ojos sombríos y sin alegría el llamativo valle? John no lo sabía. Oyó un débil zumbido de aire cuando el ascensor volvió a subir y, un momento después, cuando descendió. Era probable que Percy se apresurara a socorrer a su padre, y a John se le ocurrió que aquella era su oportunidad para unirse a Kismine y planear una huida inmediata. Esperó hasta que el ascensor estuvo en silencio durante varios minutos; temblando un poco con el fresco nocturno que se colaba a través de su pijama mojado, volvió a su habitación y se vistió rápidamente. Luego subió un largo tramo de escaleras y giró por el pasillo alfombrado de marta rusa que llevaba a la suite de Kismine.

La puerta de su salón estaba abierta y las lámparas encendidas. Kismine, vestida con un kimono de angora, estaba cerca de la ventana de la habitación en actitud de escucha, y cuando John entró sin hacer ruido se volvió hacia él.

"¡Oh, eres tú!", susurró, cruzando la habitación hacia él. "¿Los has oído?"

"Oí a los esclavos de tu padre en mi..."

"No", interrumpió ella emocionada. "¡Aviones!"

"¿Aviones? Tal vez ese fue el sonido que me despertó".

"Hay al menos una docena. Vi uno hace unos momentos muerto contra la luna. El guardia del acantilado disparó su rifle y eso es lo que despertó a padre. Vamos a abrir sobre ellos de inmediato".

"¿Están aquí a propósito?"

"Sí, es ese italiano que se escapó..."

Simultáneamente con su última palabra, una sucesión de agudos crujidos entró por la ventana abierta. Kismine lanzó un pequeño grito, sacó un centavo con dedos torpes de una caja en su tocador, y corrió hacia una de las luces eléctricas. En un instante, todo el castillo quedó a oscuras: había fundido el fusible.

"¡Vamos!", le gritó. "¡Subiremos al jardín de la azotea y lo observaremos desde allí!"

Se cubrió con una capa, le cogió de la mano y salieron por la puerta. Sólo faltaba un paso para llegar al ascensor de la torre, y mientras ella pulsaba el botón que los disparaba hacia arriba, él la rodeó con sus brazos en la oscuridad y le besó la boca. El romance había llegado por fin a John Unger. Un minuto después salieron a la plataforma blanca como una estrella. En lo alto, bajo la brumosa luna, deslizándose dentro y fuera de los parches de nubes que se desprendían por debajo de ella, flotaban una docena de cuerpos de alas oscuras en un constante curso circular. De aquí y allá, en el valle, saltaban hacia ellos destellos de fuego, seguidos de agudas detonaciones. Kismine aplaudió con placer, que, un momento después, se convirtió en consternación cuando los aviones, a alguna señal preestablecida, comenzaron a soltar sus bombas y todo el valle se convirtió en un panorama de profundo sonido reverberante y luz escabrosa.

Al poco tiempo, la puntería de los atacantes se concentró en los puntos donde estaban situados los cañones antiaéreos, y uno de ellos fue reducido casi inmediatamente a una ceniza gigante que yacía humeante en un parque de rosales.

"Kismine", rogó John, "te alegrarás cuando te diga que este ataque se produjo en la víspera de mi asesinato. Si no hubiera escuchado a ese guardia disparar su arma en el paso, ahora estaría muerto de piedra..."

"¡No te oigo!", gritó Kismine, concentrada en la escena que tenía delante. "¡Tendrás que hablar más alto!"

"¡Simplemente he dicho", gritó John, "que será mejor que salgamos antes de que empiecen a bombardear el château!"

De repente, todo el pórtico de las dependencias de los negros se partió en dos, un géiser de llamas salió disparado de debajo de las columnatas, y grandes fragmentos de mármol irregular salieron despedidos hasta los límites del lago.

"Ahí van cincuenta mil dólares en esclavos", gritó Kismine, "a precios de antes de la guerra. Tan pocos americanos tienen respeto por la propiedad".

John renovó sus esfuerzos para obligarla a marcharse. La puntería de los aviones se hacía más precisa minuto a minuto, y sólo dos de los cañones antiaéreos seguían tomando represalias. Era evidente que la guarnición, rodeada de fuego, no podría resistir mucho más tiempo.

"¡Vamos!", gritó John, tirando del brazo de Kismine, "tenemos que irnos. ¿Te das cuenta de que esos aviadores te matarán sin rechistar si te encuentran?"

Ella consintió a regañadientes.

"¡Tendremos que despertar a Jasmine!", dijo, mientras se apresuraban hacia el ascensor. Luego añadió con una especie de alegría infantil: "Seremos pobres, ¿no? Como la gente de los libros. Y yo seré huérfana y totalmente libre. Libre y pobre. Qué divertido". Ella se detuvo y levantó sus labios hacia él en un beso encantado.

"Es imposible ser las dos cosas a la vez", dijo John con tristeza. "La gente lo ha descubierto. Y yo elegiría ser libre como preferible de los dos. Como precaución adicional, será mejor que te metas el contenido de tu joyero en los bolsillos".

Diez minutos más tarde las dos chicas se reunieron con John en el oscuro pasillo y descendieron a la planta principal del château. Al pasar por última vez por la magnificencia de los espléndidos salones, se quedaron un momento en la terraza, observando los cuarteles negros en llamas y los rescoldos flameantes de dos aviones que habían caído al otro lado del lago. Un solitario cañón seguía manteniendo un robusto chisporroteo, y los atacantes parecían temerosos de descender más abajo, pero enviaban sus estruendosos fuegos artificiales en círculo alrededor de él, hasta que cualquier disparo fortuito pudiera aniquilar a su tripulación etíope.

John y las dos hermanas bajaron los escalones de mármol, giraron bruscamente a la izquierda y comenzaron a ascender por un estrecho sendero que serpenteaba como una liga alrededor de la montaña de diamantes. Kismine conocía un lugar densamente arbolado a mitad de camino donde podían ocultarse y, sin embargo, observar la noche salvaje en el valle, para finalmente escapar, cuando fuera necesario, por un sendero secreto trazado en un barranco rocoso.

X

Eran las tres cuando llegaron a su destino. La servicial y alegre Jasmine se durmió inmediatamente, apoyada en el tronco de un gran árbol, mientras John y Kismine se sentaban, con el brazo de él alrededor de ella, y observaban el desesperado flujo y reflujo de la batalla que agonizaba entre las ruinas de una vista que había sido un lugar ajardinado aquella mañana. Poco después de las cuatro, el último cañón que quedaba emitió un sonido metálico y se apagó en una rápida lengua de humo rojo. Aunque la luna estaba baja, vieron que los cuerpos voladores se acercaban a la tierra. Cuando los aviones se hubieran asegurado de que los asediados no poseían más recursos, aterrizarían y el oscuro y reluciente reinado de los Washington habría terminado.

Con el cese de los disparos, el valle quedó en silencio. Las brasas de los dos aviones brillaban como los ojos de algún monstruo agazapado en la hierba. El castillo permanecía oscuro y silencioso, hermoso sin luz como lo había sido al sol, mientras los leñosos cascabeles de Némesis llenaban el aire por encima con una queja creciente y en retirada. Entonces John percibió que Kismine, al igual que su hermana, se había quedado profundamente dormida.

Eran mucho más de las cuatro cuando se percató de unos pasos en el camino que habían seguido últimamente, y esperó en un silencio irrespirable hasta que las personas a las que pertenecían pasaron por el mirador que él ocupaba. Había un débil movimiento en el aire que no era de origen humano, y el rocío era frío; sabía que el amanecer no tardaría en llegar. John esperó hasta que los pasos se hubieran alejado una distancia segura de la montaña y fueran inaudibles. Entonces los siguió. A mitad de camino hacia la

escarpada cima, los árboles cayeron y una dura silla de montar de roca se extendió sobre el diamante que había debajo. Justo antes de llegar a este punto, redujo su ritmo, advertido por un sentido animal de que había vida justo delante de él. Al llegar a un peñasco alto, levantó la cabeza poco a poco por encima de su borde. Su curiosidad se vio recompensada; esto es lo que vio:

Braddock Washington estaba allí inmóvil, silueteado contra el cielo gris, sin sonido ni señal de vida. Cuando el amanecer salió por el este, prestando un frío color verde a la tierra, hizo que la figura solitaria contrastara insignificadamente con el nuevo día.

Mientras John observaba, su anfitrión permaneció unos instantes absorto en una inescrutable contemplación; luego hizo una señal a los dos negros que se agachaban a sus pies para que levantaran la carga que yacía entre ellos. Mientras se esforzaban por levantarla, el primer rayo amarillo del sol golpeó a través de los innumerables prismas de un inmenso y exquisitamente cincelado diamante, y se encendió un blanco resplandor que brilló en el aire como un fragmento de la estrella de la mañana. Los portadores se tambalearon bajo su peso durante un momento; luego, sus músculos ondulados se agarraron y endurecieron bajo el brillo húmedo de las pieles y las tres figuras volvieron a quedar inmóviles en su desafiante impotencia ante el cielo.

Al cabo de un rato, el hombre blanco levantó la cabeza y alzó lentamente los brazos en un gesto de atención, como quien llama a una gran multitud para que lo escuche; pero no había ninguna multitud, sino el vasto silencio de la montaña y el cielo, roto por las débiles voces de los pájaros que bajaban entre los árboles. La figura en la silla de montar de la roca comenzó a hablar pesadamente y con un orgullo inextinguible.

"Tú, ahí fuera...", gritó con voz temblorosa.

"¡Tú-ahí-!" Hizo una pausa, con los brazos aún levantados y la cabeza atenta, como si esperara una respuesta. John forzó la vista para ver si había hombres bajando de la montaña, pero la montaña estaba vacía de vida humana. Sólo había cielo y una flauta burlona de viento a lo largo de las copas de los árboles. ¿Podría Washington estar rezando? Por un momento John se lo preguntó. Luego, la

ilusión pasó: había algo en la actitud del hombre que se oponía a la oración.

"¡Oh, tú ahí arriba!"

La voz se volvió fuerte y segura. No se trataba de una súplica desesperada. Si acaso, había en ella una cualidad de monstruosa condescendencia.

"Tú allí..." Palabras, pronunciadas con demasiada rapidez para ser entendidas, fluyendo una dentro de la otra.... John escuchó sin aliento, captando una frase aquí y otra allá, mientras la voz se interrumpía, se reanudaba, se interrumpía de nuevo, ahora fuerte y argumentativa, ahora coloreada con una lenta y desconcertante impaciencia. Entonces, una convicción comenzó a asomarse en el único oyente, y mientras la comprensión se deslizaba sobre él, un torrente de sangre veloz corrió por sus arterias. Braddock Washington estaba ofreciendo un soborno a Dios.

Eso era, no había duda. El diamante en los brazos de sus esclavos era una muestra anticipada, una promesa de que habría más.

Eso, percibió John después de un tiempo, era el hilo conductor de sus frases. Prometeo Enriquecido llamaba a presenciar sacrificios olvidados, rituales olvidados, oraciones obsoletas antes del nacimiento de Cristo. Durante un tiempo su discurso tomó la forma de recordar a Dios este o aquel regalo que la Divinidad se había dignado a aceptar de los hombres -grandes iglesias si rescataba a las ciudades de la peste, regalos de mirra y oro, de vidas humanas y bellas mujeres y ejércitos cautivos, de niños y reinas, de bestias del bosque y del campo, ovejas y cabras, cosechas y ciudades, tierras enteras conquistadas que habían sido ofrecidas con lujuria o sangre para su apaciguamiento, comprando el valor de un meed para aliviar la ira divina, y ahora él, Braddock Washington, Emperador de los Diamantes, rey y sacerdote de la era del oro, árbitro del esplendor y el lujo, ofrecería un tesoro como los príncipes que le precedieron nunca habían soñado, lo ofrecería no por sumisión, sino por orgullo.

Le daría a Dios, continuó, bajando a las especificaciones, el mayor diamante del mundo. Este diamante se tallaría con muchos más miles de facetas que las que hay en un árbol, y sin embargo todo el diamante tendría la forma perfecta de una piedra no más

grande que una mosca. Muchos hombres trabajarían en él durante muchos años. Se engastaría en una gran cúpula de oro batido, maravillosamente tallada y dotada de puertas de ópalo y zafiro encostrado. En el centro se vaciaría una capilla presidida por un altar de radio iridiscente, descompuesto y siempre cambiante, que quemaría los ojos de cualquier adorador que levantara la cabeza de la oración, y en este altar se sacrificaría para la diversión del Divino Benefactor cualquier víctima que Él eligiera, aunque fuera el hombre más grande y poderoso que estuviera vivo.

A cambio, sólo pedía una cosa sencilla, una cosa que para Dios sería absurdamente fácil: sólo que las cosas fueran como ayer a esta hora y que siguieran siendo así. ¡Tan simple! Que los cielos se abran, tragándose a estos hombres y a sus aviones, y que luego se cierren de nuevo. Que vuelva a tener a sus esclavos, devueltos a la vida y al bienestar.

No había nadie más con quien tuviera que tratar o negociar.

Sólo dudaba de si había hecho su soborno lo suficientemente grande. Dios tenía su precio, por supuesto. Dios estaba hecho a imagen y semejanza del hombre, así se había dicho: Debe tener su precio. Y el precio sería raro: ninguna catedral cuya construcción consumiera muchos años, ninguna pirámide construida por diez mil obreros, sería como esta catedral, esta pirámide.

Se detuvo aquí. Esa era su propuesta. Todo estaría a la altura de las especificaciones y no había nada de vulgar en su afirmación de que sería barata en el precio. Dio a entender que la Providencia podía tomarlo o dejarlo.

A medida que se acercaba al final, sus frases se volvían entrecortadas, cortas e inciertas, y su cuerpo parecía tenso, parecía esforzarse por captar la más mínima presión o susurro de vida en los espacios que le rodeaban. Su pelo se había vuelto gradualmente blanco mientras hablaba, y ahora levantaba la cabeza hacia el cielo como un profeta de antaño, magníficamente loco.

Entonces, mientras John miraba con vertiginosa fascinación, le pareció que un curioso fenómeno tenía lugar en algún lugar a su alrededor. Fue como si el cielo se hubiera oscurecido por un instante, como si hubiera habido un súbito murmullo en una ráfaga de viento, un sonido de trompetas lejanas, un suspiro como el

susurro de un gran manto de seda; por un momento, toda la naturaleza alrededor se sumó a esta oscuridad; el canto de los pájaros cesó; los árboles se quedaron quietos, y muy por encima de la montaña se oyó un murmullo de trueno sordo y amenazador.

Eso fue todo. El viento se extinguió entre las altas hierbas del valle. El amanecer y el día volvieron a ocupar su lugar en un tiempo, y el sol naciente envió ondas calientes de niebla amarilla que hicieron su camino brillante ante él. Las hojas reían al sol, y su risa se agitaba hasta que cada rama era como una escuela de niñas en el país de las hadas. Dios se había negado a aceptar el soborno.

Durante otro momento, John observó el triunfo del día. Luego, al volverse, vio un revoloteo de color marrón junto al lago, luego otro revoloteo, luego otro, como la danza de los ángeles dorados que se posan en las nubes. Los aviones habían llegado a la tierra.

John se deslizó desde la roca y corrió por la ladera de la montaña hasta el grupo de árboles, donde las dos chicas estaban despiertas y le esperaban. Kismine se puso en pie de un salto, con las joyas de sus bolsillos tintineando, con una pregunta en sus labios separados, pero el instinto le dijo a John que no había tiempo para palabras. Debían bajar de la montaña sin perder un instante. Se agarró a una mano de cada uno y, en silencio, enhebraron los troncos de los árboles, bañados ahora por la luz y la niebla creciente. Detrás de ellos no llegaba ningún sonido del valle, excepto la queja de los pavos reales a lo lejos y el agradable tono de la mañana.

Cuando hubieron avanzado media milla, evitaron el terreno del parque y entraron en un estrecho sendero que conducía a la siguiente elevación del terreno. En el punto más alto de ésta se detuvieron y se volvieron. Sus ojos se posaron en la ladera de la montaña que acababan de dejar, oprimidos por una oscura sensación de trágica inminencia.

Contra el cielo, un hombre de pelo blanco y quebrado descendía lentamente por la empinada ladera, seguido por dos negros gigantes y sin emociones, que llevaban entre ellos una carga que aún brillaba y resplandecía bajo el sol. A mitad de camino se les unieron otras dos figuras; John pudo ver que eran la señora Washington y su hijo, en cuyo brazo se apoyaba. Los aviadores habían bajado de sus máquinas al extenso césped frente al castillo

y, con los rifles en la mano, comenzaban a subir la montaña de diamantes en formación de escaramuza.

Pero el pequeño grupo de cinco que se había formado más arriba y que acaparaba toda la atención de los observadores se había detenido en un saliente de la roca. Los negros se agacharon y levantaron lo que parecía ser una trampilla en la ladera de la montaña. En ella desaparecieron todos, primero el hombre de pelo blanco, luego su mujer y su hijo, y finalmente los dos negros, cuyas puntas brillantes de los tocados enjovados captaron el sol por un momento antes de que la trampilla descendiera y los engullera a todos.

Kismine se agarró al brazo de John.

"Oh", gritó salvajemente, "¿a dónde van? ¿Qué van a hacer?"

"Debe ser alguna vía de escape subterránea..."

Un pequeño grito de las dos niñas interrumpió su frase.

"¿No lo ves?", sollozó Kismine histéricamente. "¡La montaña está conectada!"

Mientras hablaba, John levantó las manos para protegerse la vista. Ante sus ojos, toda la superficie de la montaña había cambiado repentinamente a un deslumbrante amarillo ardiente, que se mostraba a través de la capa de césped como la luz se muestra a través de una mano humana. Durante un momento, el intolerable resplandor continuó, y luego, como un filamento apagado, desapareció, revelando un negro residuo del que surgía lentamente un humo azul que arrastraba lo que quedaba de vegetación y de carne humana. De los aviaadores no quedó ni sangre ni hueso; se consumieron tan completamente como las cinco almas que habían entrado.

Simultáneamente, y con una inmensa conmoción, el castillo se lanzó literalmente por los aires, estallando en fragmentos ardientes mientras se elevaba, y cayendo luego sobre sí mismo en un montón humeante que se proyectaba a medias en el agua del lago. No había fuego; el humo que había se mezclaba con la luz del sol y, durante unos minutos más, un polvo de mármol se desprendía de la gran pila sin rasgos que había sido la casa de las joyas. Ya no se oía nada y las tres personas estaban solas en el valle.

XI

Al atardecer, John y sus dos acompañantes llegaron al enorme acantilado que había marcado los límites de los dominios de los Washington, y al mirar hacia atrás encontraron el valle tranquilo y encantador en el crepúsculo. Se sentaron para terminar la comida que Jasmine había traído en una cesta.

"¡Ya está!", dijo, mientras extendía el mantel y colocaba los bocadillos en una pila ordenada sobre él. "¿No se ven tentadores? Siempre pienso que la comida sabe mejor al aire libre".

"Con ese comentario", comentó Kismine, "Jasmine entra en la clase media".

"Ahora", dijo John con entusiasmo, "saca el bolsillo y veamos qué joyas has traído. Si has hecho una buena selección, los tres deberíamos vivir cómodamente el resto de nuestras vidas".

Obedientemente, Kismine se metió la mano en el bolsillo y arrojó ante él dos puñados de piedras brillantes. "No está tan mal", gritó John con entusiasmo. "No son muy grandes, pero ¡Oh, hola!" Su expresión cambió al sostener una de ellas ante el sol declinante. "¡Por qué, estos no son diamantes! Hay un problema".

"¡Caramba!", exclamó Kismine, con una mirada de asombro. "¡Qué idiota soy!"

"¡Pero si son diamantes de imitación!", gritó John.

"Lo sé". Ella rompió a reír. "Abrí el cajón equivocado. Pertenecían al vestido de una chica que visitó a Jasmine. Conseguí que me las diera a cambio de diamantes. Nunca había visto más que piedras preciosas".

"¿Y esto es lo que has traído?"

"Me temo que sí". Acarició los brillantes con nostalgia. "Creo que me gustan más estos. Estoy un poco cansada de los diamantes".

"Muy bien", dijo John con tristeza. "Tendremos que vivir en el Hades. Y tú envejecerás diciéndole a las mujeres incrédulas que te has equivocado de cajón. Por desgracia, las libretas de tu padre se consumieron con él".

"Bueno, ¿qué pasa con el Hades?"

"Si vuelvo a casa con una esposa a mi edad, mi padre es tan propenso como no a cortarme con un carbón caliente, como dicen allí".

Jasmine tomó la palabra.

"Me encanta lavar", dijo en voz baja. "Siempre he lavado mis propios pañuelos. Me encargaré de la colada y os mantendré a las dos".

"¿Tienen lavanderas en Hades?", preguntó Kismine inocentemente.

"Por supuesto", respondió John. "Es como en cualquier otro lugar".

"Pensé que tal vez hacía demasiado calor para llevar ropa".

John se rió.

"¡Prueba!", sugirió. "Te echarán antes de que estés a medio camino".

"¿Estará papá allí?", preguntó ella.

John se volvió hacia ella asombrado.

"Tu padre está muerto", respondió sombríamente. "¿Por qué iba a ir al Hades? Lo has confundido con otro lugar que fue abolido hace mucho tiempo".

Después de la cena plegaron el mantel y extendieron las mantas para pasar la noche.

"Qué sueño fue", suspiró Kismine, mirando las estrellas. "¡Qué extraño parece estar aquí con un vestido y una prometida sin dinero!"

"Bajo las estrellas", repitió. "Nunca me había fijado en las estrellas. Siempre pensé en ellas como grandes diamantes que pertenecían a alguien. Ahora me asustan. Me hacen sentir que todo fue un sueño, toda mi juventud".

"Fue un sueño", dijo John en voz baja. "La juventud de todos es un sueño, una forma de locura química".